

DOMINGO XXIII TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Las lecturas de este domingo toman un tema bien concreto: la corrección fraterna. Y así lo recuerda una de las obras de misericordia: «Corregir al que se equivoca». Esto forma parte del precepto del amor: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Darse cuenta de los fallos de los demás no significa que nosotros seamos perfectos. Dios quiere que nos ayudemos mutuamente a progresar en la vida cristiana. Jesús reprende en varias ocasiones a sus apóstoles. Esas correcciones se hacen desde la caridad, porque se desea el bien del otro. Pero además, nos ayudan a tomar conciencia de que formamos parte de un mismo cuerpo, la Iglesia. Es significativo que encontremos este aviso del Señor junto a la enseñanza de orar juntos. Porque la corrección fraterna forma parte del bagaje de los que se sienten llamados por un mismo Señor y caminan en la misma dirección. Jesús nos exhorta a corregirnos los unos a los otros. De ahí que debemos estar dispuestos a dejar que otros nos adviertan de nuestros errores y también pedir a Dios la fuerza para saber decir las cosas cuando otro lo hace mal.

En la vida diaria muchas veces hemos sido corregidos. Si tuviéramos memoria exacta de toda nuestra vida, encontraríamos multitud de situaciones en que nos llamaron la atención advirtiéndonos de lo que hacíamos mal. Gracias a esos avisos hoy somos mejores y, probablemente, carecemos de algunos defectos. La vida sobrenatural también necesita de unas ayudas semejantes.

Corregir no es fácil. A veces se desea hacer el bien y se acentúa el mal como consecuencia de la precipitación, o de un lenguaje inadecuado. Por eso toda corrección debe ir precedida de la oración y, cuando es posible, del consejo. Es bueno, por ejemplo, que los padres hablen entre sí antes de llamar la atención a un hijo, y en una comunidad cristiana es bueno comentarlo antes con quien ejerce la autoridad. Cuando corregimos no nos ponemos por encima de los demás, sino a su lado; por eso se denomina “fraterna”, que significa «entre hermanos». Por lo mismo cuando nos advierten de nuestros errores, percibimos una mano amiga que se nos extiende para que podamos levantarnos.

Que el Señor nos conceda tener cerca de nosotros personas que nos quieran, personas de buen juicio que nos ayuden a enmendar nuestros errores.

Pidamos a la Santísima Virgen la humildad de saber corregir, y la humildad de saber dejarnos corregir.